

### **3. De damas de la caridad a asistentes sociales. Los antecedentes de la profesión**

El nacimiento de la profesión de trabajo social en Aragón se produjo en el año 1958 con la creación, en Zaragoza, de la Escuela de Asistentes Sociales San Vicente de Paúl<sup>41</sup>. Esta creación fue consecuencia de los cambios que se produjeron en las formas de atención de la pobreza en nuestro país, cambios que transformaron la caridad y la beneficencia en asistencia social y que plantearon la necesidad de profesionalizar la labor que hasta ese momento venían realizando, de forma filantrópica y apostólica, las damas de la caridad y las visitadoras de los pobres. En España, debido a las circunstancias políticas y económicas, la profesionalización del trabajo social se produjo más tarde que en otros países europeos. Veamos los antecedentes.

#### **3.1. Cambios en las formas de atención de la pobreza**

A finales del siglo XIX se extiende por Europa nuevas forma de atención de la pobreza, de acuerdo con la cual la atención de los pobres no podía limitarse, tal como había ocurrido hasta entonces, a paliar las consecuencias individuales y de carácter material de la pobreza, sino que debía incluir una importante labor de moralización y control social, ya que se consideraba que esta moralización podía evitar el enfrentamiento entre el trabajo y el capital, creando el clima social y político adecuado para el pleno desarrollo del capitalismo. La elaboración de estas nuevas formas de atención a la pobreza fue consecuencia de las transformaciones del contexto social y de los cambios en la concepción ideológica de la pobreza y de los pobres.

Las transformaciones del contexto social se debieron al proceso de industrialización y de urbanización, un proceso que provocó la migración de personas que fueron a vivir a las ciudades para trabajar como mano de obra en las fábricas e industrias; junto a esta migración, una agudización de los problemas relacionados con la pobreza tradicional y la aparición de nuevas formas de pobreza y de nuevos problemas sociales:

---

<sup>41</sup> El Boletín Oficial Eclesiástico número 11, publicado por el Arzobispado de Zaragoza, informa de que el día 24 de Noviembre de 1958 se inauguró la Escuela de Asistentes Sociales San Vicente de Paúl de Zaragoza, en un acto presidido por el Sr. Arzobispo Dr. Don Casimiro Morcillo (Págs. 531-532). Desde esta fecha hasta 1975, año en que se aprueban los estatutos de la escuela, en el nombre de la misma y en los diversos documentos, como los diplomas, aparece el término en femenino, es decir asistente social.

epidemias, crisis económicas, alcoholismo, tuberculosis y prostitución. Por tanto, la adecuada respuesta a estas nuevas necesidades sociales hizo evidente la necesidad de personas con la formación técnica necesaria para ayudar a los pobres de forma más eficaz.

Por otra parte, también el cambio en la concepción ideológica de la pobreza contribuyó a la aparición de estas nuevas formas de atención de los pobres. Este cambio fue consecuencia de la incorporación de los valores del nuevo orden económico y social burgués y de los planteamientos ideológicos de los reformadores socialistas y del catolicismo social, pero también de la probada ineficacia de las formas tradicionales de atención de la pobreza. De forma que las nuevas formas de atención de la pobreza suponían no sólo paliar las carencias materiales de los pobres, sino la moralización de los mismos. De acuerdo con la nueva percepción de la riqueza y del trabajo, se asimilaba la pobreza con la ociosidad y los excesos. De esta forma, los pobres dejaron de ser los pobres de Jesucristo, dignos de admiración, para ser vistos bajo el prisma de los valores de la burguesía: el amor al trabajo y al ahorro. "La pobreza va a ser concebida a través del prisma del trabajo, la salud y la riqueza en tanto que instancias constitutivas del nuevo orden burgués. Ociosidad, enfermedad y pobreza significan ante todo desorden, de ahí que la beneficencia, ciencia gestora de estos focos de inestabilidad social, se convierta en una pieza clave de gobierno" (Álvarez Uría, F., 1986: 130).

De acuerdo con estos nuevos valores del nuevo orden, el pauperismo en que vivían las clases populares era visto como un factor de debilitamiento del estado, ya que producía no sólo una degeneración física, sino también una degeneración moral, cuyos efectos se manifestaban en actitudes de abatimiento incurable, descuido extremo y conductas de imprevisión y embriaguez. Por esa razón, se necesitaba de un estado interventor que evitara la guerra social y en cuyo marco institucional de la beneficencia intervinieran las visitadoras de los pobres, como expertas que trataban de definir el mal y proponer remedios. Este conocimiento es inseparable de las formas de control social, ya que cuando el poder se ejerce a través mecanismos sutiles no puede hacerse sin formar, sin organizar y poner en circulación un saber, o mejor unos aparatos de saber que no son construcciones ideológicas. De forma que las líneas de actuación en acción social contemplaban la atención de los pobres con el objetivo último de evitar los conflictos sociales, pero también la integración de una gran parte de la clase obrera y la represión y destrucción de los que no entraran en el juego. "La misión del obrero es trabajar y si la enfermedad, la vejez o los accidentes atentan contra él, el estado solícito y previsor acudirá en su ayuda". Pero a los que alteren al nuevo orden social se les aplicará "el manicomio y la cárcel, como nuevos baluartes de la defensa del cuerpo social" (Álvarez Uría, F., 1986: 135-144).

Pero también contribuyeron a estos cambios en la forma de concebir la pobreza, los planteamientos ideológicos de los reformadores socialistas y del catolicismo social, así como los estudios de diferentes científicos sociales sobre las situaciones de pobreza. En este sentido, W. A. Friedlander (1989) señala la importancia de los movimientos de reforma social que agrupan a socialistas y cristianos que critican la legislación vigente y que piden la mejora de las condiciones sociales desde la educación (Octavia Hill, F. D. Maurice, Ch. Kingsley, J. M. Ludlow, R. Owen, etc.). W. A. Friedlander indica además los numerosos estudios sociales que despertaron la conciencia de las personas dedicadas a la filantropía, estudios dirigidos por Ch. Booth sobre las causas sociales de la pobreza y la inadecuación

de las respuestas filantrópicas para enfrentarse a la misma y publicados con el nombre *Life y labour of the people in London (1902-1903)* (Friedlander, W. A., 1989: 39-48).

Estos cambios en las formas de atención de la pobreza también se produjeron en España, con algunos rasgos específicos. En el caso de nuestro país, el proceso de transformación de las formas tradicionales de atención a los pobres se inició de forma significativa en los años cuarenta del siglo XX, promovido por la iglesia católica y por el régimen franquista. No obstante, ya a lo largo del siglo XIX y de las primeras décadas del siglo XX se habían producido cambios en el contexto social que provocaron un importante aumento de la pobreza, así como la aparición de nuevos problemas sociales. Todo ello como consecuencia, no sólo del tardío proceso de industrialización, sino también de las crisis agrarias de 1803-1838, de la guerra de 1803-1834, de las epidemias de 1800, 1812 y 1833 y finalmente de la Guerra Civil de 1936. La realidad social española, en la década de los cuarenta, estaba determinada por los dramáticos efectos de la posguerra: destrucción, miseria y pobreza. Por otra parte, las condiciones sanitarias y alimenticias de la población en estos años eran muy deficientes y afectaban también a las clases medias, aunque serían los vencidos los que más las sufrirían. Una situación agravada según J. Tusell (1990) por las circunstancias internacionales y la política económica autárquica del régimen franquista. (Tusell, J., 1990: 576-577, citado por Yagüe, F. J., 1993: 15).

En el caso de Aragón, a pesar del papel jugado por Zaragoza en el ámbito de la industria, la economía sufrió un importante retroceso, acentuado por el fuerte intervencionismo del régimen. La vida aragonesa durante la posguerra se caracterizó por el hambre, las cartillas de racionamiento y el desamparo social de un amplio sector de población. A estas condiciones de vida hay que añadir los efectos de la sequía, que incidió en las malas cosechas, en el alza de los precios y en la escasez de productos y del posterior proceso de urbanización promovido por la creciente necesidad de mano de obra en las zonas urbanas, originada por la industrialización. Se originaron en Zaragoza numerosos suburbios con unas precarias condiciones materiales y sociales de vida: falta de higiene, insalubridad, hacinamiento, alcoholismo, prostitución, etc. (Yagüe, F. J., 1993: 18).

También en el caso de nuestro país y de nuestra región, podemos señalar los factores de tipo ideológico que influyeron en los cambios de concepción de la pobreza y de las formas de atención de sus consecuencias. Según F. Álvarez Uría (1995), la acción social en el siglo XIX estuvo marcada por el denominado reformismo social, un movimiento del que formaban parte los socialistas de cátedra, promotores de la aprobación de leyes de previsión social. Además, al movimiento regeneracionista luchaba por evitar la degeneración de la sociedad española, mediante un programa de nutrición, higiene y educación. Entre los grupos preocupados por la cuestión social encontramos también al movimiento institucionalista partidario de la teoría de la armonía social. Y finalmente, al catolicismo social propiciado por la encíclica *Rerum Novarum* publicada en 1881 y partidario de cambiar los viejos modelos caritativos asistenciales de la iglesia católica y de transformarlos para adaptarse a los nuevos tiempos (Álvarez Uría, F., 1995: 145).

F. Álvarez Uría (1995) considera que el denominado espacio social es definido como el territorio específico destinado a restaurar las fracturas sociales, que surge ligado a la noción de solidaridad y no a la de igualdad, como una tercera vía de respuesta a las cuestiones sociales, frente al *laissez-faire* liberal y la revolución socialista y sindicalista. Sus defensores eran reformadores sociales portavoces de la sociología científica, que

concebían lo social como un espacio diferenciado de la política y de la economía, a través del cual poder ejercer una estrecha tutela de los obreros, mediante la intervención social.

En el caso de España y en concreto de Aragón, lo específico en cuanto a estos factores ideológicos que determinaron los cambios en la concepción de la pobreza, viene dado por la especificidad del catolicismo social en Zaragoza y por las particulares relaciones de la iglesia católica con el régimen franquista, que cristalizarían en el nacional-catolicismo. En la ideología del primer franquismo encontramos la conciencia de haber creado o instaurado un nuevo orden social que no había alcanzado su plenitud, por lo que era necesario ejercitar las obras de caridad, mientras la justicia social llega a todos. En esta labor la iglesia católica aporta su doctrina social y la labor del Secretariado de Caridad dentro de Acción Católica. Un Secretariado con la doble finalidad de responder a las necesidades de miseria creadas por la posguerra y de ser un instrumento evangelizador y de adoctrinamiento. El otro instrumento ideológico del régimen, para llevar a cabo su proyecto de justicia social, fue la Falange, en cuyo seno se creó el Auxilio Social como la organización del Movimiento para la realización de las labores benéficas en materia de acción social.

La ideología del régimen franquista regirá todos los aspectos de la sociedad española, y en concreto el social, a través de un nuevo orden que pretende superar la lucha de clases basándose en el concepto de fraternidad católica y unidad nacional. Este interés por lo social está presente en las obras benéfico-sociales, en el Auxilio Social y en la preocupación por los suburbios y la problemática de la vivienda y tenía como objeto paliar las necesidades de las clases desfavorecidas para evitar que cayesen en manos del comunismo y del anarquismo. No se pretende la transformación del sistema socio-económico como causa de las desigualdades sociales, sino recuperar y mantener la estructura social del antiguo régimen como estrategia contrarrevolucionaria ante los cambios introducidos por la II República en relación con los derechos sociales de los colectivos más desfavorecidos, entre los que se encontraban las mujeres.

La iglesia adquiere un importante papel de adoctrinamiento, dentro del régimen, y la Acción Católica jugará una función fundamental ante la merma sufrida por el clero tradicional, por lo que desde la jerarquía se impulsarán los movimientos de apostolado seglar desde organizaciones que puedan dirigir. A estos hechos se une, en el caso de la iglesia católica zaragozana en este período histórico, su especial sensibilidad ante los temas sociales, no sólo por su preocupación ante la situación de miseria y pobreza de la población, sino por el especial protagonismo que la iglesia atribuyó a Zaragoza como centro mariano, en el proceso de recristianización de la sociedad española, por encontrarse en esta ciudad la Virgen del Pilar, baluarte de la hispanidad, un hecho al que se recurrirá constantemente en los discursos ideológicos de la iglesia. Por otra parte, la iglesia será también un elemento fundamental para modificar la imagen que en el exterior se tenía de España, un proceso que culminará entre 1951 y 1956 con el final del aislamiento internacional (Yagüe, F. J., 1993: 19-20).

La más importante de las iniciativas en Europa relacionadas con la lucha contra la pobreza fue la creación en Londres en 1869 de la *Charity Organization Society*. Una creación motivada por la necesidad de coordinar las múltiples respuestas caritativas existentes en ese momento histórico. Esta actuación no supuso una forma radicalmente diferente de hacer frente a los problemas de la pobreza, ya que se seguía manteniendo un

planteamiento caritativo, paternalista y preocupado exclusivamente por atender las consecuencias individuales de la pobreza. La novedad estaba en el intento de incrementar la eficacia en la respuesta a estas situaciones de pobreza, un incremento necesario debido al aumento de los nuevos problemas sociales y a la necesidad de diferenciar a los auténticos pobres de los que no lo eran, dada la importancia que en la moral cristiana se daba al trabajo, considerado como virtud. Por tanto, se trataba de socializar y moralizar a los pobres en los valores de las clases medias, de ahí que las personas más adecuadas para realizar este trabajo fueran las mujeres de la burguesía. Por otra parte, desde estas iniciativas organizadas de coordinación de instituciones dedicadas a la atención de necesitados, se planteó la conveniencia de realizar un estudio meticuloso de la situación de cada persona necesitada y de conceder las ayudas de forma metódica.

Aunque con lentitud, España se incorporó a los planteamientos sobre la acción social existentes en Europa. Entre estas iniciativas destacan la municipalización de la asistencia y la beneficencia que planteaba la Constitución de 1812. Posteriormente, las crisis industriales de 1843 y 1847 provocaron la aprobación de la ley general de beneficencia social, primera ley que en nuestro país reguló la asistencia social pública. En 1908 se creó el Instituto Nacional de Previsión, se ponen en marcha las pensiones de retiro por invalidez y vejez y se crean ministerios sociales como el de abastecimientos y el de trabajo. Era el momento de racionalizar y modernizar la beneficencia y la previsión, aunque la II República mantuvo un criterio tradicional en relación con este tema, centrándose más en la beneficencia que en la previsión social. Tanto los recursos económicos como el funcionamiento fueron insuficientes, por lo que la asistencia pública requirió seguir siendo complementada por la privada y eclesiástica, en forma de beneficencia o de caridad (Red, N. de la, 1993: 68-69).

En el caso de Aragón, las iniciativas más importantes de atención a las consecuencias de la pobreza, de acuerdo con estos nuevos planteamientos, las realiza la iglesia católica. Según F. J. Yagüe (1993), los intentos de organizar la caridad de la iglesia católica se inician en Zaragoza en el año 1942 y transformarán el Secretariado Diocesano de Caridad en Cáritas Diocesana de Zaragoza. La caridad tradicional lejos de acabar con la pobreza la habría fomentado. Era necesario por tanto, un nuevo concepto de caridad que superara el de la caridad individualizada, para conseguir una mayor eficacia en la respuesta a los necesitados, una eficacia que no se buscaba en la erradicación de las causas de la pobreza. El Secretariado de Caridad tuvo como finalidad inicial, coordinar las acciones benéficas y caritativas que se realizaban en la diócesis, que eran numerosas debido a la gran cantidad de necesidades consecuencia de la posguerra. Se trataba de evitar por todos los medios la mendicidad, sobre todo la mendicidad como medio de vida, ya que se identificaba la pobreza con la ausencia del valor del trabajo, considerado como una virtud. Se buscaba sobre todo la eficacia en el proceso de llegar a todos los pobres.

Antes de constituirse en España el Secretariado Nacional de Caridad, la labor benéfica de la Iglesia la desempeñaban diversas organizaciones de carácter religioso<sup>42</sup>. Las características de esta labor eran la acción organizada pero de carácter aislado y la escasez de medios, lo que daba lugar a una falta de eficacia. En el año 1942 se lanza la consigna de

---

<sup>42</sup> Las Conferencias de San Vicente de Paúl, las Damas de la Caridad, las Hermanas de San Cosme y San Damián, las Luisas de Marillac, los Secretariados Benéficos Sociales de Acción Católica, las Secciones de Caridad de las Congregaciones Marianas, etc.

organizar urgentemente la caridad, lo que supuso un cambio en la coordinación de esta labor benéfica de las congregaciones religiosas por la labor de coordinación de organizaciones seculares, ante la escasez de vocaciones religiosas. No obstante, las tareas de los seculares eran auxiliares. La dirección y la toma de decisiones seguían estando en manos de los obispos y párrocos. Sin embargo, no se concebía el Secretariado de Caridad como suplantador del estado o de las congregaciones religiosas en el ejercicio de la caridad. Después de la creación de Cáritas, desde la iglesia católica en Zaragoza se continuó la labor de organizar la caridad. Una caridad con un doble contenido: acciones para cubrir las necesidades de los pobres, como las campañas de caridad y la atención a pobres transeúntes; y acciones para obtener recursos materiales y económicos, mediante limosnas individuales, la administración de los fondos de entidades caritativas, las limosnas a los secretariados parroquiales de caridad y actividades de obtención de recursos como la campaña de caridad o la tómbola de caridad.

En este proceso de organización de la caridad que tuvo lugar en Zaragoza a través de la creación de Cáritas, tuvo una gran importancia la distribución de la Ayuda Social Americana, que se realizó a través de la iglesia católica por exigencia de la *National Catholic Welfare Conference* de Estados Unidos, entidad donante, cuyos dirigentes desconfiaban del régimen franquista para la realización de esta labor asistencialista. Esta distribución permitió afianzar los medios que hicieron posible la puesta en marcha de servicios sociales como guarderías, colonias infantiles y la obra de suburbios, aunque hizo que se perpetuara una acción de carácter benéfico. Los suministros de la Ayuda Social Americana comenzaron a realizarse en Zaragoza en noviembre de 1954, para lo que se creó una junta de asistencia y se desarrollaron con carácter permanente una serie de actuaciones asistenciales<sup>43</sup>.

La acción benéfico-asistencial de Cáritas en Zaragoza se va transformando, abandonándose las líneas benéficas para ir adoptando tendencias asistenciales en las actuaciones. Además de la distribución de la Ayuda Social Americana, en esta etapa Cáritas de Zaragoza puso en marcha nuevas actividades de carácter asistencial: colonias infantiles, diseño de la construcción de dos bloques de viviendas en el barrio Oliver, aparición de un nuevo concepto, el de pobres vergonzantes, para referirse a aquellos pobres que por su posición social se ven obligados a ocultar su pobreza. Otra nueva actuación es la obra pro suburbios, precedente del Plan de suburbios de Zaragoza. También se produjeron cambios en Cáritas en cuanto a las nuevas fuentes de ingresos. Junto a las fuentes tradicionales como la tómbola de caridad o la campaña de caridad, se instauró el día de la caridad y la campaña de Navidad, que en Zaragoza continuó denominándose campaña de caridad. Durante esta etapa, los fondos son destinados a la obra pro suburbios de Zaragoza, desde la que se realizan la construcción de viviendas en los suburbios y las escuelas profesionales y de aprendizaje. Con estas acciones, la acción social de la iglesia adquiere un cariz asistencial y preventivo que busca en la educación profesional y moral la erradicación de la pobreza, aunque de forma individual, actuaciones que exigieron la existencia de una estructura organizativa.

---

<sup>43</sup> Cantinas escolares e infantiles, alimentación complementaria de tuberculosos y sus familias, alimentación complementaria de madres gestantes y lactantes y de niños menores de 3 años, el suministro a centros benéficos y tutelares de asistencia social y sanitaria; asistencia social y benéfica a la obra social de la Sección Femenina de la Falange.

Estos intentos de organizar la caridad respondían también a razones ideológicas, ya que, mediante la mejora de las respuestas caritativas, se trataba de recristianizar a la sociedad y de legitimar al propio régimen franquista a través del nacional-catolicismo. Un esfuerzo que, según la valoración realizada por F. J. Yagüe (1993) en estos primeros años, no dio grandes frutos, ya que respondía más a estas necesidades políticas de la iglesia que a un auténtico deseo de mejorar la eficacia en la lucha contra la pobreza. Progresivamente esta eficacia va aumentando a medida que Cáritas se va desvinculando de Acción Católica, entidad que asumirá las funciones doctrinales de la iglesia.

En este contexto social, surge la necesidad de dar formación a las visitadoras de los pobres y de los presos, en el ámbito de la beneficencia pública, y a las damas de la caridad, en el ámbito de la iglesia católica: unas mujeres pertenecientes a congregaciones religiosas femeninas, maestras y señoras de la aristocracia y de la burguesía, con vocación asistencial y caritativa. Según E. Linares (1985), Cáritas española promoverá la creación de centros de estudio benéfico-asistenciales para orientar técnicamente los métodos de acción de Cáritas y organizará cursillos de formación para las damas de la caridad. Con esta formación la asistencia social organizada se convertirá en una profesión feminizada, propiciando la realización de una importante labor social en este campo y canalizando a la vez los deseos femeninos de incorporarse a profesiones como enfermeras, maestras y asistentes sociales.

### **3.2. Protagonismo femenino en las iniciativas de atención a la pobreza**

Los objetivos de los procesos de cambio social, que acabamos de describir, coincidieron con el interés de algunas mujeres burguesas de participar activamente en la vida pública. De forma simultánea a estos cambios crecían los deseos de las mujeres de las clases sociales altas y medias de ocupar el espacio de lo público para poder asumir una función social útil, mediante la profesionalización del trabajo de caridad y apostolado que venían desarrollando a través de organizaciones como Acción Católica, las Conferencias de San Vicente de Paúl o la Sección Femenina. El análisis del protagonismo femenino en las formas de atención de la pobreza nos ayudará a comprender el carácter feminizado de la profesión de trabajo social en Aragón, un carácter presente ya en el momento de su surgimiento y que se debe tanto al interés del propio poder de que fueran las mujeres las que atendieran a los pobres, como también a los deseos de las mujeres de tener un mayor protagonismo social en la vida pública. Este protagonismo se canalizará no sólo a través de la filantropía o la caridad, sino también mediante la militancia activa en diversos movimientos sociales y políticos como el sindicalismo, el sufragismo o los nacionalismos. La elección de estas diversas posibilidades de participación social dependerá de las características de las propias mujeres y del contexto social y político de cada país<sup>44</sup>. Esta presencia femenina se explica porque las actividades de ayuda a los pobres fueron consideradas como una extensión del papel tradicional de las mujeres en la familia, como una especie de “maternidad social”. Esta asignación de la función de la maternidad social no se habría realizado de forma pasiva por parte de las mujeres, sino que éstas supieron

---

<sup>44</sup> Un interesante análisis de este tema es el que realiza I. Blasco (1999 y 2003) en sus estudios sobre la Sección Femenina en Aragón y las mujeres en la Acción Católica, en los que se plantea que algunas de las mujeres que militaron en estas organizaciones no se limitaron a reproducir los estereotipos tradicionales de género, sino que vieron en estas organizaciones una oportunidad de una mayor participación social.

convertirla en un intento de ocupación del espacio público, definido socialmente como masculino.

Por otra parte, esta presencia femenina sería también funcional al poder, puesto que el encargo que la profesión de trabajo social recibe por parte de la sociedad, desde el momento inicial de su creación como actividad profesional, es ambivalente, ya que "era preciso promover el cambio, pero sin alterar el orden, era necesario intervenir pero sin que los especialistas de la práctica llegasen nunca a poseer las claves últimas de su intervención, algo que se pretendió garantizar mediante la presencia mayoritaria de mujeres en la profesión. Estos especialistas han recibido para el ejercicio de sus funciones un mandato social que responde al imperativo constitucional de la igualdad, pero a la vez no pueden ir más allá de unos límites preestablecidos que implican de hecho el reconocimiento de las desigualdades". (Álvarez Uría, F., 1995: 8).

La institucionalización de la realización de las tareas de cuidado y asistencia que las mujeres venían realizando de forma tradicional en el seno de las familias supuso el nacimiento no sólo del trabajo social, como actividad profesional, sino de otras dos profesiones que también comparten con éste su carácter feminizado: magisterio y enfermería. Nos parece interesante, para comprender este carácter feminizado en el caso del trabajo social, conocer los análisis sobre estas otras dos actividades feminizadas y los factores de tipo ideológico que intervinieron en su nacimiento. S. San Román (1998), analiza el proceso de feminización de la docencia ocurrido en nuestro país. Identifica en este proceso un cambio de personal, pero también un cambio de métodos y de estructuras, por lo que existe una relación de influencia mutua entre el cambio en la concepción de la educación y la presencia de las mujeres en la docencia. Esta autora considera que la feminización del profesorado ha facilitado la del alumnado. Las mujeres fueron llamadas a las aulas sólo para ser disciplinadas o domesticadas. En 1855, la profesión de magisterio requería una escasa preparación, se presentaba cargada de símbolos femeninos (paciencia, sentimiento, intuición, empatía y timidez) y, por ello, comenzó a ser atractiva para la mujer. Entre los motivos que propiciaron la feminización, la autora señala en primer lugar, el que las mujeres tenían asimilado el modelo de educación doméstica y se sentían orgullosas de las dotes que creían poseer en exclusividad como educadoras de la infancia. Un segundo motivo sería la creciente demanda de las maestras por las autoridades, por ser más rentables y por su falta de capacidad crítica, al no haber podido acceder a la cultura, no ofrecían resistencia a las condiciones de trabajo y algunas incluso se sentían compensadas solo con el reconocimiento y el prestigio social. Un último motivo sería el que esta carrera no suponía ninguna ruptura con el modelo de educación que recibían las mujeres ni con el destino que deseaban por imposición social, permitía practicar con hijos ajenos la función social en la que había sido educada, se trataba de una maternidad profesional, por lo que la formación era para afrontar, con un acercamiento maternal, los problemas del aula. Además de estos motivos, también propiciaron la feminización de la docencia las medidas legislativas que proclamaron la obligatoriedad de la enseñanza primaria a toda la población de 6 a 9 años, que hicieron incompatible la docencia con otro puesto público y establecieron sueldos más bajos para las maestras. Por otro lado, los cambios sociales y el incremento de la participación femenina en el mercado de trabajo afectó a la familia y apareció un nuevo concepto de crianza que exigía calidad, así como el éxito de las escuelas abiertas que crearon un estado de opinión favorable a la educación de la mujer. Es

significativo que las posibilidades profesionales de la mujer se amplíen con un trabajo que refuerza la función maternal, que exige poca cualificación y que está mal pagado.

En el caso de la enfermería, J Canals (1986 y 1998) ha analizado el carácter feminizado de la misma, afirmando que su imagen social es consecuencia del transplante en el terreno profesional de valores y actitudes procedentes del marco doméstico. Unas mujeres que pueden trabajar fuera de casa por motivaciones redentoras y en puestos de trabajo de carácter subordinado, en este caso al médico. Su institucionalización como profesión fue posible porque beneficiaba a los intereses de la profesión médica.

El protagonismo femenino en las formas de atención de la pobreza no sólo se produjo en términos cuantitativos, y de una forma subordinada a las disposiciones del poder de la iglesia y del estado, sino que las mujeres fueron auténticas protagonistas, tanto en su participación social en el ámbito de lo público como en los cambios que promovieron la concepción y la atención de la pobreza, mediante iniciativas innovadoras, algunas de las cuales vamos a analizar a continuación en el contexto de Europa y nuestro propio país. G. Fraisse y M. Perrot (2000) analizan la dedicación de las mujeres europeas a la caridad y la filantropía y destacan cómo estas mujeres durante el siglo XIX intentaron no sólo salir de casa, sino salir también moralmente de los roles que les eran asignados. La caridad, deber de los cristianos, había sacado de sus casas a las mujeres, dado que en la misma ocupaban un sitio de privilegio, como extensión de su rol doméstico. Tanto católicas como protestantes fueron protagonistas de iniciativas para hacerse cargo de los más desprotegidos. Eran una especie de ejercicio de maternidad social. Para las mujeres, la filantropía constituyó una experiencia importante que modificó su percepción del mundo, su idea de sí mismas y su inserción pública. A las damas de la caridad, impulsadas por sus confesores y maridos, siguieron mujeres independientes (solteras o viudas) animadas por un espíritu misionero e indignadas por la miseria física y moral. Estas mujeres estaban apoyadas por una elite aristocrática, clase ociosa que, a medida que se multiplicaban las asociaciones, influían sobre las clases medias, preocupadas por difundir sus preceptos de economía doméstica a través de la beneficencia. A veces recurrían a mujeres del pueblo a quienes pagan eventualmente y cuyo lenguaje y familiaridad eran tenidos en gran estima.

Estas mujeres europeas lograron introducir importantes cambios en los métodos y objetivos de la propia filantropía. Al comienzo, se trataba de hacer la caridad por las obras, luego de una vasta empresa de moralización y de higiene. Recaudaban fondos mediante las limosnas y las ventas de caridad y bazares. Estas tiendas de mujeres eran asunto sólo de ellas, encantadas de manejar un dinero a menudo prohibido. Esto les suponía la iniciación en los mecanismos comerciales y desplegar toda su imaginación. Bajo la cobertura festiva invertían los roles: tómbolas contra el libre comercio, antiesclavistas, etc. También se transformó la distribución de los fondos. Se hacían visitas a domicilio para localizar a los “buenos pobres” de forma cada vez más rigurosa. Las encuestas biográficas y familiares son documentos que constituyen un verdadero archivo de la pobreza, de forma que las mujeres adquirieron un saber social y una familiaridad cercana a la profesionalidad. La labor de moralización que emprendieron estas mujeres no excluía la compasión e incluso la rebelión contra la condición en que se había puesto a las mujeres de las clases populares, especialmente a las mujeres trabajadoras a domicilio y a las prostitutas. Intentaron acabar con los atropellos de la confección, recibiendo las críticas de los economistas liberales por intentar modificar las leyes del mercado y regular la producción. En cuanto a las prostitutas,

la estrategia de las mujeres feministas y de las damas de la caridad fue la comprensión, aunque no la terapia. Sus acciones en este tema consistieron en organizar mítines contra el vicio y plantearon el problema central del cuerpo de las mujeres y de su apropiación mercantil. En la transformación de la filantropía en trabajo social, los *Settlements*, instituciones que ofrecían servicios sociales y educativos y actividades recreativas en barrios deprimidos y superpoblados, desempeñaron un papel decisivo. Ya no se trataba de visitas esporádicas, sino de centros permanentes. La iniciativa surgió de la pareja Barnett en Toynbee Hall. Eran centros animados por jóvenes solteras que se apartaban de la sociedad, rehusando el destino conyugal tradicional y comparándose con sus hermanos combatientes del imperio. Unos centros que posteriormente se extendieron a Estados Unidos y que influyeron de forma importante en experiencias análogas de educación popular realizadas en Francia (Fraisie, G. y Perrot, M., 2000: 486-487).

Por su parte, J. R. Walkowitz (1995) afirma que las mujeres de clase media en la sociedad victoriana inglesa no renunciaron a su porción del espacio público mediante la realización de dos actividades: ir de compras y dedicarse a la filantropía, actividades que realizaban recorriendo la ciudad en busca de aventuras y descubriendo su identidad. Se trataba de un ejército de mujeres intrépidas de clase media y alta que visitaban los barrios bajos<sup>45</sup>. En las últimas décadas del siglo empezó a prevalecer, junto a las aficionadas un nuevo espíritu de profesionalismo que exigía que las activistas tuvieran una formación, disciplina y mentalidad empresarial, así como dotes organizativas. Una de estas mujeres, Octavia Hill, se propuso en los años sesenta del siglo XIX un proyecto de supervisión femenina de los barrios bajos, fundando la *Charity Organization Society*, una organización de la que hemos hablado en el apartado anterior. Concebía la filantropía como una ciencia destinada a promover la responsabilidad individual. Su obra *Our Common Lawd* (1877), de ideología liberal, expresa su fe en la eficacia de la incitativa privada frente al estado. Las visitadoras de los pobres tenían que ofrecer ayuda espiritual y disciplina a los inquilinos de las viviendas más modestas que por su falta de voluntad precisaran apoyo. Esta forma de caridad exigía un conocimiento detallado de la situación familiar de los pobres y capacidad de enseñarles virtudes domésticas, habilidades que poseían las mujeres de clase media. Estas mujeres tomaban nota minuciosa de todo lo que ocurría en sus visitas y utilizaban las mismas herramientas literarias que los hombres (Walkowitz, J. R., 1995: 117-118).

Ch. Rater-Garcette (1996), analiza también la importancia de la presencia femenina en las formas de atención a la pobreza en Francia. En este país, el origen de la profesión de trabajo social estuvo determinado por un lado, por la constatación que realizan las mujeres católicas de la necesidad de una acción social más técnica y profesional, a raíz de la separación entre la iglesia y el estado que se produce en Francia a principios del siglo XX; y por otro, por la visión de la cuestión social y de la profesión del sindicalismo femenino de esta misma época. Para las católicas francesas de principios del siglo XX, las mujeres tenían un importante rol social, una misión social que cumplir, utilizando medios y cualidades femeninas. Para las feministas y sindicalistas, el papel social de las mujeres, aunque centrado en actividades definidas socialmente como femeninas, será un medio estratégico de emancipación personal, asociado al deseo de contribuir a la lucha contra la pobreza.

---

<sup>45</sup> A finales del XIX, Louisa Hubbard calculaba que había en Gran Bretaña unas veinte mil mujeres asalariadas y medio millón de voluntarias que trabajaban en favor de los pobres.

Finalmente, en el caso de España, M. Santalla (1995) realiza un análisis de la importancia de la presencia femenina en las actividades caritativas durante el siglo XIX, centrado en las aportaciones en relación con este tema de Concepción Arenal. En el siglo XIX la inactividad del estado en el terreno de la previsión social había dejado un amplio espacio para la iniciativa privada, tanto patronal y eclesiástica como obrera. La acción social de la iglesia se realizaba a través de organizaciones eclesiásticas y Concepción Arenal, interesada por la realización adecuada de las acciones caritativas, escribió en 1860 un manual titulado "El visitador del pobre", en el que enumera las cualidades que deben reunir estos visitadores y cómo se han de realizar las visitas a los pobres: "La caridad, inagotable dulzura, firmeza, exactitud, circunspección, celo, perseverancia, humildad. Hay en el pobre errores que combatir, faltas que deben corregirse, propósitos de enmienda que animar, dudas que resolver, ignorancias que ilustrar, proyectos que dirigir, temores que desvanecer y la esperanza, que debemos custodiar en su corazón, tan piadosamente como la caridad en el nuestro" (Arenal, C., 1860, citado por Santalla, M., 1995: 45-85).

Concepción Arenal consideraba fundamental la participación femenina en este tipo de organizaciones de beneficencia, ya que a través de las mismas se realizaban importantes funciones de carácter asistencial, fundamentales para la mejora de la productividad de los obreros y como denuncia para que fuera el estado el que asumiera estas acciones benéficas. Pero el objetivo de Concepción Arenal al promover este tipo de organizaciones benéficas no se limitaba a la atención de los pobres, sino que con las mismas pretendía ofrecer a las señoras de la burguesía ocupaciones que fuesen más allá de la satisfacción de su vanidad personal. Esta preocupación por la situación de las mujeres la lleva en 1883 a escribir "La mujer de su casa", una obra en la que critica como erróneo el ideal de la mujer de su casa, ya que considera que la mujer debe ser útil socialmente, no limitándose al círculo doméstico, sino saliendo de él para ejercer la filantropía activa y convertirse en educadoras de las mujeres indigentes, protectoras de la infancia en peligro y en visitadoras de los pobres. Para ello reconoce a las mujeres una serie de habilidades maternas que las capacitan para el desempeño de las profesiones de ayuda (el magisterio, la enfermería), caracterizadas por el cuidado, la enseñanza o la intuición, y que podrían realizar a tiempo parcial, obteniendo unos ingresos complementarios a los del cabeza de familia (Santalla, M., 1995).

El proceso de evolución de la profesión de trabajo social que acabamos de describir, tanto en Aragón como a nivel internacional, reproduce las relaciones de género existentes en ese momento histórico. En el caso de Gran Bretaña, el protagonismo femenino en las iniciativas de organización de la caridad, descritas en este capítulo, cambiaría como consecuencia de la presencia masculina en este ámbito de la filantropía social. Las activistas de la caridad tenían en muchas ocasiones menos prestigio entre los filántropos de la burguesía que entre los pobres a los que ayudaban y los hombres que trabajaban en centros comunitarios intentaban emular a las mujeres activistas, a la vez que las mantenían alejadas de sus centros. Uno de estos filántropos Samuel Barnett, que había sido ayudante de Octavia Hill, tomó prestada la ética de la filantropía femenina, excluyendo a las mujeres del centro que fundó en Toynbee Hall, porque temía que se hicieran con el mando del movimiento. Estaba decidido a modelar el trabajo comunitario como una empresa masculina, con el objetivo de homogeneizar la labor de los centros comunitarios, promoviendo los lazos de camaradería entre jóvenes universitarios y pobres. Pero sus actuaciones no lograban el éxito conseguido por las activistas sociales con las mujeres y

chicas pobres. Por ello, en la década de 1890, estos centros comunitarios se centraron más en la investigación social, con el objetivo de formar una nueva clase de elite de burócratas ilustrados, que utilizaban la mirada distanciada y elevada de la ciencia, poniendo en evidencia las inseguridades masculinas, la ambigüedad sexual y los traspasos culturales entre los profesionales. Filántropos como Barnett, Besant y Berdoe se sentían atraídos por cualidades consideradas como femeninas, pero negaban a las mujeres esas mismas posibilidades de exploración de lo masculino (Walkowitz, J. R., 1995: 130). Lo mismo sucedería en el resto de Europa donde, a medida que el pauperismo se convierte en cuestión social, la intervención masculina se hace más imperiosa. A finales del siglo XIX, las grandes figuras de la filantropía son masculinas. La gestión de lo social, sobre todo económica, pasa a manos de políticos y profesionales (médicos, juristas, psicólogos) dispuestos a convertir a las mujeres en auxiliares y subalternas a través de empleos como enfermeras o asistentes sociales. Comienza la lucha por la formación profesional y el reconocimiento de diplomas (Fraisie, G. y Perrot, M., 2000: 491).

En el caso de Aragón, la organización del trabajo de los Secretariados de Caridad también refleja las relaciones de género, ya que los hombres de Acción Católica se encargaban de promover las suscripciones entre empresas y entidades, de gestionar la colocación de obreros, llevar al día el fichero legislativo, realizar visitas domiciliarias e instalar consultorios; las mujeres, en cambio, se encargaban de la recepción de los pobres, las visitas de inspección, el fichero de pobres, las visitas domiciliarias, organizar el ropero, la adquisición de ropas, promover suscripciones y las escuelas hogar. Unas tareas y funciones en las que se socializaba a los/as más jóvenes, de forma que los jóvenes de Acción Católica se ocupaban de repartir propaganda en comercios, de visitas domiciliarias, del cobro de recibos y de la catequesis en suburbios; las jóvenes se ocupaban del fichero de obras benéficas, del fichero de pobres, de colaborar en los roperos, de hacer de auxiliares en los consultorios de puericultura, de la catequesis y de las clases nocturnas para obreras.

No obstante, consideramos que las actividades de caridad y filantropía no se limitaron a reproducir las relaciones sociales de género, sino que contribuyeron a modificarlas de forma innovadora, ya que permitieron establecer contactos entre las mujeres de las clases medias y contribuyeron a crear en Europa el embrión de una conciencia de género, matriz de una conciencia feminista. A las mujeres burguesas les permitió descubrir otro mundo. Se iniciaron en la gestión administrativa y financiera, en la comunicación y sobre todo en la investigación. De esta manera, las mujeres acumularon saberes y prácticas, que les confirieron una función potencial de expertas, accediendo a funciones de autoridad y al trabajo social en vías de profesionalización. Enseñar, cuidar y asistir era la triple misión que constituía la base de los oficios femeninos que durante mucho tiempo llevaron la marca de la vocación y la beneficencia, desafiando la gestión masculina y concibiéndose a sí mismas como mediadoras de quienes, como ellas, carecían de voz y voto. Esta presencia femenina en las actividades de caridad y filantropía fue utilizada por las mujeres para garantizar su protagonismo en el ámbito de lo público, definido tradicionalmente como masculino, mediante la proyección en lo social de lo que definía de forma tradicional la identidad femenina, la maternidad, iniciando un proceso que culminaría con la profesionalización de estas tareas, a través de la profesión de trabajo social.

Estas mujeres incluso contribuyeron a enriquecer las posturas ideológicas sobre la pobreza, ya que se trataba de mujeres capaces para la filantropía profesional científica basada en estudios minuciosos, observación detallada y atención a los casos particulares. Mujeres que combinaron conocimientos burocráticos con el personalismo que caracterizaba tradicionalmente a la filantropía femenina. Rechazaron la explicación de la pobreza como fracaso moral, en favor de una explicación más estructural centrada en el desempleo, el subempleo y los salarios insuficientes, una nueva perspectiva que estaba ligada a una estrecha observación de las costumbres domésticas de los pobres, realizada por unas mujeres que eran capaces de ir más allá que los hombres, ya que veían el lado doméstico de la pobreza, reconociendo el papel crucial de las mujeres en la familia y en el barrio, como gerentes del hogar y supervisoras de la economía familiar, que ordenaban las relaciones en el interior de la familia y actuaban como representantes de éstas en el exterior. Su método de trabajo era auditivo más que visual, como incipientes especialistas en etnografía urbana. Es posible que influyeran en ellas los estudios sobre tradiciones y la labor de antropólogos evolutivos como Morgan o Bachofen; unas influencias que les pudo predisponer para ver la vida de los pobres no como un caos urbano, sino con arreglo a pautas y continuidades (Walkowitz, J. R., 1995: 120-121).

Unas mujeres dirigentes y dominadoras no se limitaron a adaptarse a un paisaje de espacios públicos masculinos, sino que imaginaron un nuevo paisaje urbano, especialmente de barrios bajos, como el lugar apropiado para que las mujeres estuvieran en lo público. Justificaron su postura como actantes de forma específicamente femenina, subrayando una ética de servicio, abnegación y dominio del propio cuerpo, a la vez que experimentaban el placer de nuevas libertades. Estas mujeres interpretaron los barrios bajos como un telón de fondo para su propio drama personal. Disfrutaban de la calle no porque fueran invisibles, sino por su autoridad, una autoridad que hacía que algunos inquilinos de las viviendas sociales estuvieran disconformes con este “gobierno de las enaguas” y que algunas mujeres se irritaran con la audacia de estas mujeres de clase media, en su mayoría solteras, que les decían como debían educar a sus familias. Pero al mismo tiempo las veían como mediadoras influyentes y amistosas con los organismos del estado (Walkowitz, J. R., 1995: 125).

Estas reformadoras sociales se vieron atraídas por prácticas sociales y estilos personales que desafiaban los límites sociales y de sexo, preconizando, como en el caso de Betrice Webb, que las mujeres no son hombres inferiores y que en lugar de intentar imitar a los hombres deben labrar sus propias carreras. Siendo consecuente con estas ideas, ella renunció a la filantropía femenina para dedicarse a la investigación social científica. Concebía el nuevo tipo de mujer trabajadora como un andrógino femenino, en cuanto a su forma de vestir, su estilo de vida, su forma de trabajar y su actitud mental, surgiendo así las denominadas “solteras gratificadas”, mujeres que no esperaban el matrimonio como su destino final. Estos cambios fueron propiciados por la extensión de la educación superior a las mujeres, el reconocimiento de sus funciones en la vida pública y en la filantropía, los estilos de vida femeninos y urbanos nuevos y los debates sobre el matrimonio y el destino sexual de las mujeres. Unos cambios que facilitaron la entrada de mujeres burguesas en el trabajo asalariado, aunque en ocupaciones del sector terciario consideradas tradicionalmente como femeninas: maestras, enfermeras, oficinistas, bibliotecarias, etc.

### 3.3. La asistencia social se profesionaliza. Creación de las escuelas de asistentes sociales

Al igual que había ocurrido en otros países, los cambios que llevaron a la transformación de las formas de atención de la pobreza determinaron el surgimiento de la profesión en Aragón. Este surgimiento precisó de la existencia previa de conocimientos técnicos y metodológicos que pudieran ser transmitidos en las escuelas de formación; dichos conocimientos que serían el producto de la realización de investigaciones sociales sobre las características de los pobres y las formas de ayuda a los mismos y del intercambio de ideas con científicos sociales de la época. Este proceso caracterizó la creación de esta nueva profesión en el caso de Reino Unido y de Norteamérica, durante finales del XIX y principios del siglo XX. En el caso de nuestro país, este trabajo previo de investigación y de generación de conocimientos técnicos y metodológicos, no tuvo lugar, por lo que la formación que se impartió en los primeros años en las materias específicas de asistencia social, carecía de rigor metodológico, técnico y teórico.

L. Gaitán (1993) analiza la importancia de la investigación en los orígenes y en la historia de la profesionalización del trabajo social. Según esta autora, nos encontramos con que la investigación fue por delante de las propuestas para mejorar la atención de los problemas sociales; se trataba de estudios realizados por filántropos y reformistas predecesores del trabajo social profesional. Entre estas investigaciones queremos destacar el trabajo promovido por Mary Ellen Richmond, una de las fundadoras del trabajo social. Esta autora en dos de sus obras *Social Diagnosis* (1917) y *What is social case work?* (1922) supo recoger y sistematizar, tras la realización de diversas investigaciones, una serie de principios, de técnicas y de experiencias que sus colegas venían realizando y formalizando. Por otra parte, algunos autores (T. Zamanillo y L. Gaitán, 1991) destacan las fuertes vinculaciones e influencias a nivel teórico, entre la Escuela de Chicago, el interaccionismo simbólico y el trabajo social. De esta forma, los resultados de las primeras investigaciones promovidas por M. E. Richmond, así como el intercambio de ideas con científicos sociales de la época, permitieron ir construyendo un cierto cuerpo de conocimientos técnicos y metodológicos, para ser transmitido en las escuelas de formación y ser aplicados en las actuaciones caritativas y asistenciales. Esto la llevó a proponer en 1897, en la Conferencia Nacional Americana de Servicio Social en Toronto, la necesidad de una formación más científica y sistematizada. Posteriormente, en 1898, el Sr. Dewine creó para el personal de la *Charity Organization Society* de Nueva York un curso que se convertiría en 1904 en la Escuela de Filantropía Aplicada de Nueva York, y que en 1919 se transformaría en la Escuela de Servicio Social, ocupando M. Richmond la cátedra de caso social individual.

En Europa comenzaron también a crearse estas escuelas. En el año 1899, se creó la Escuela de Servicio Social de Amsterdam. A principios del siglo XX, se fundó en París la Escuela Normal Social. En 1908, se creó en Berlín la Escuela Social para mujeres dirigida por Alice Salomon. En el año 1920, bajo los auspicios del Cardenal Mercier, se fundó en Bélgica la primera Escuela Católica de Servicio Social, una escuela en la que se formaron algunos de los primeros profesores de las escuelas de nuestro país (Molina, M. V., 1994: 25).

En España, la primera escuela de asistentes sociales se creó en Barcelona en el año 1932, como filial de la Escuela Católica de Servicio Social de Bélgica y promovida por personas procedentes del catolicismo y preocupadas por los obreros. Se trataba de una

escuela de asistencia social para la mujer, con el objetivo de “proporcionar preparación técnica a quienes trabajaban en obras asistenciales y para profesionalizar la acción social”. El plan de estudios de esta escuela recoge que “el primer curso ofrece a las jóvenes que han terminado sus estudios secundarios una cultura femenina general orientada hacia los deberes cívicos y morales y un complemento de instrucción desde el punto de vista económico y social que les haga comprender y les permita ocupar el lugar que les corresponde en la familia y en la sociedad. En el segundo curso y último deberán elegir ya una especialidad y al terminar, estarán en condiciones de dirigir obras benéficas o sociales” (Vázquez, J.M<sup>a</sup>, 1971: 40-43). Posteriormente, en el año 1936, en Madrid, un grupo de mujeres dirigentes católicas sintió la necesidad de superar el ámbito de las actividades benéficas y asistenciales, y así se trasladaron a Bélgica para estudiar los conocimientos y métodos necesarios para realizar obras de asistencia social. De vuelta a España tenían el firme propósito de crear un centro de enseñanza social en Madrid, por lo que, a pesar de la Guerra Civil, invitaron a una serie de expertos extranjeros para realizar unos cursos sobre el contenido y las técnicas del trabajo social, en San Sebastián, en el año 1938. En el año 1939 la escuela se trasladó a Madrid con el nombre de Escuela de Formación Familiar y Social, cuya primera directora se había formado en Francia (Vázquez, J.M<sup>a</sup>, 1971: 45). Después de la guerra civil se volvió a promover la creación de estas escuelas de formación. En 1953, se crea en Barcelona, en la Cátedra de Psiquiatría de la Facultad de Medicina y con la colaboración de la Sección Femenina, una Escuela de Visitadoras Sociales Psicólogas, que más tarde se asimila a una escuela de asistentes sociales. Y finalmente, en el período de 1955 a 1960, promovidas por Cáritas, se crearon las cuarenta escuelas entre las que se encontraba la de San Vicente de Paúl de Zaragoza (Vázquez, J.M<sup>a</sup>, 1971: 46).

Dado que en este trabajo estamos analizando la situación de esta profesión desde la perspectiva de género, consideramos de interés el hecho de que en el año 1954 empezara a funcionar en Barcelona la primera Escuela de Enseñanza Social Masculina, promovida por una organización católica de orientación profesional (Orientación Católica y Profesional del Dependiente), como obra continuadora de la Academia Social iniciada en el curso 1952-53, con el objetivo de “facilitar a las obras sociales de Barcelona y singularmente a las obras sociales de la iglesia, el medio de tener hombres capacitados para administrarlas y dirigir las y al propio tiempo proporcionar a los empresarios y patronos cristianos estos nuevos profesionales de la carrera social que han de ser el instrumento de su mejoramiento espiritual y material”. Este centro fue la primera y única escuela masculina de trabajo social y ofrecía dos especialidades: una de obras y otra de empresas. El centro dejó de funcionar aproximadamente en el curso 1963-64, fecha en que la Escuela de Asistencia Social para la Mujer de Barcelona comenzó a admitir varones (Molina, M<sup>a</sup> V., 1994: 93-94). En relación con este centro es interesante analizar el perfil formativo que se impartía a los asistentes sociales hombres que estudiaban en ella. No se les formaba como a las mujeres que estudiaban asistentes sociales para la atención directa de personas necesitadas, sino para gestionar y administrar obras sociales, es decir entidades. Esta ha sido una constante en la presencia masculina en la profesión, según se constata en diferentes estudios realizados sobre este tema, donde se muestra que los hombres se dedican a las tareas y funciones de tipo directivo. Es decir, la incorporación de los hombres a la profesión se realiza reproduciendo los estereotipos sociales de género respecto a lo que deben hacer hombres y mujeres en nuestra sociedad.

Posteriormente, la creación de escuelas que se produjo como resultado del impulso de la iglesia católica, motivó la creación en el año 1959 de la Federación de Escuelas de la Iglesia de Servicio Social (FEEISS), con el objetivo de dar unidad a los estudios de asistente social que se impartían en las escuelas dependientes de la iglesia. En la década de los cincuenta, por otra parte, se intensifica la colaboración entre la iglesia, principal promotora de las escuelas de asistentes sociales, y la Sección Femenina, como organización del Movimiento para la educación de la mujer española. Una colaboración que, como ya hemos expuesto, se concretó en el año 1953 con la creación en la Cátedra de Psiquiatría de la Facultad de Medicina de Barcelona, de una escuela de asistentes sociales, con unos contenidos formativos más tecnificados e influidos fundamentalmente por la producción bibliográfica norteamericana sobre el trabajo social de casos y orientación psicologista.

El particular contexto de España y la ausencia de estos esfuerzos de producción de conocimientos técnicos y metodológicos propios, dieron unos rasgos particulares al nacimiento de esta nueva profesión en nuestro país. La Guerra Civil paralizó el proceso de creación de la profesión iniciado de forma similar a como se había iniciado en otros países con la creación de la escuela de Barcelona en 1932, aunque sin producción propia de conocimientos. El carácter religioso se vio matizado por el nacional-catolicismo, por lo que el contenido confesional de la profesión perduró mucho más que en otros países, ya que la asistencia social, como forma de caridad organizada, tuvo un importante papel en el proceso de legitimación del régimen franquista y de recristianización de la sociedad española. Finalmente, la ausencia o precariedad de las respuestas públicas a las necesidades sociales retrasó el crecimiento de la profesión y le imprimió un carácter más asistencialista que en otros países.

La creación de la Escuela de Asistentas Sociales San Vicente de Paúl de Zaragoza tiene lugar, por tanto, dentro del proceso promovido por Cáritas Española de creación de escuelas de asistentes sociales, en el marco de las transformaciones de la acción caritativa de la iglesia católica en asistencia social. En la etapa de 1957 a 1963 se creó, en el seno de Cáritas, la Sección Social con el objetivo de promover la realización de estudios, la capacitación del personal y el fomento de servicios. “Por lo que se refiere a la capacitación de personal para la acción y servicios sociales, se distingue el personal técnico-profesional del personal voluntario. Para los primeros, se impulsa la creación de escuelas de asistentes sociales, suficientemente potenciadas para dar formación técnica a los futuros profesionales, dotándoles de todos los conocimientos necesarios a su misión con técnicas modernas y eficaces” (Linares, E. y Renes, V., 1986: 214).

De acuerdo con lo expuesto en este capítulo, podemos afirmar que los procesos de organización de la caridad y de modernización de la beneficencia condicionaron el surgimiento del trabajo social como profesión. A largo del siglo XIX y principios del XX, surgió en Europa un creciente interés por la cuestión social y una concepción de la pobreza como un problema social, lo que llevó a la organización y coordinación de las actuaciones de atención a los pobres y a la puesta en marcha de medidas de corte reformista. Este proceso de organización de la caridad se caracteriza, entre otros rasgos, por la importante presencia de mujeres de la burguesía y de las clases medias en el mismo. Una presencia que se explica por el hecho de que asistir, cuidar y socializar son actividades definidas tradicionalmente como femeninas, como un ejercicio de maternidad social y por los deseos de las propias mujeres de tener un mayor protagonismo social y público. En Reino Unido y

Estados Unidos serán estas mujeres burguesas las que promoverán y realizarán estudios sobre las características de los pobres y sobre las formas de ayuda a los mismos, unos estudios que producirán conocimientos de tipo práctico y técnico sobre la pobreza y sobre las formas más eficaces de ayuda social a los pobres. La existencia de estos conocimientos posibilitó la creación de centros de formación o escuelas en las que transmitirlos con el objetivo de formar y capacitar a las visitadoras de los pobres y a las damas de la caridad. En nuestro país, la inexistencia de estos estudios e investigaciones motivó que la creación de esta profesión precisara, en los momentos iniciales de la formación, de la importación del diseño y de los contenidos de la formación de diversas escuelas católicas de servicio social, especialmente de Bélgica y Francia.